

LA FACETA MÁS ROMÁNTICA DE

REBECCA YARROS

AUTORA DE LA SERIE EMPÍREO

LA ÚLTIMA CARTA

REBECCA YARROS

LA ÚLTIMA CARTA

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola

BECKETT

Carta número 1

Querido Caos:

Al menos, así es como dice mi hermano que te llaman. Le pregunté si alguno de sus amigos necesitaba recibir un poco más de correspondencia y me dio tu nombre.

Hola, soy Ella. Conozco la regla del intercambio epistolar de no usar los nombres reales. He estado escribiendo estas cartas durante el mismo tiempo que mi hermano ha estado haciendo lo que hace..., que supongo que también es lo que tú haces.

Antes de dejar a un lado esta carta y mascullar un incómodo «Gracias, pero no, gracias», como acostumbran hacer los chicos, quiero que sepas que esto es tanto para mí como para ti. Si consideramos que voy a disponer de un lugar seguro para desahogarme, lejos de las miradas curiosas de este pequeño pueblo de entrometidos, podríamos pensar que soy yo quien te está usando a ti.

Así que, si quieres ser mi oído, te estaría agradecida y, a cambio, con mucho gusto seré el tuyo. Además, cocino unas galletas de mantequilla de cacahuete maravillosas. Si no han llegado galletas junto con esta carta, entonces

desquítate con mi hermano, porque es él quien te las ha robado.

¿Por dónde empiezo? ¿Cómo me presento sin que suene a publicidad de solteros en busca de pareja? Déjame aclararlo: no quiero nada más que un corresponsal, un corresponsal que está muy lejos, te lo prometo. Los chicos que están en el ejército no son para mí. Los chicos en general no son para mí. No es que no me gusten, es solo que no tengo tiempo para ellos. ¿Sabes qué sí tengo? Un profundo arrepentimiento por escribir esta carta con pluma.

Soy la hermana menor, pero estoy segura de que mi hermano ya te lo habrá dicho. Es un bocazas, y eso significa que probablemente también sabes que tengo dos hijos. Sí, soy madre soltera, y no, no me arrepiento de mis decisiones. Por Dios, no soporto que todo el mundo me lo pregunte o que su mirada implique esa pregunta.

Casi borro la última frase, pero es la verdad. Además, soy demasiado vaga como para reescribirlo todo.

Tengo veinticuatro años y estuve casada como tres segundos con el donante de esperma de los mellizos. Solo el tiempo suficiente para que las rayitas se pusieran rosas, el doctor dijera que había dos latidos y él hiciera las maletas en el silencio de la noche. Los niños nunca fueron lo suyo y, francamente, lo más probable es que estemos mejor así.

Si los hijos de tus corresponsales no son lo tuyo, no me ofenderé. Pero no habrá galletas. Las galletas solo son para los amigos por correspondencia.

Si eres bueno con las relaciones por carta con madres solteras, sigue leyendo.

Mis mellizos tienen cinco años. Si haces el cálculo correcto, sabrás que nacieron cuando yo tenía diecinueve. Después de montar un escándalo en mi pequeño pueblo

cuando decidí criarlos sola, casi les provocho un infarto cuando me hice cargo del Solitude al morir mi abuela. Tenía solo veinte años y los mellizos aún eran bebés. Mi hermano y yo crecimos en este hotel, así que me pareció un buen lugar para criar a mis hijos. Lo sigue siendo.

Qué te voy a decir... Maisie y Colt son casi toda mi vida. En el buen sentido, claro. Es ridículo lo sobreprotectora que soy con ellos, aunque lo reconozco. Tengo tendencia a exagerar, a construir una fortaleza a su alrededor. En cierto sentido, eso me aísla; pero, en fin, hay peores defectos, ¿no? Maisie es más callada, y en general puedo encontrarla escondida detrás de un libro. Colt..., bueno, casi siempre está en algún lugar en el que no debería estar o haciendo algo que no debería estar haciendo. Tener mellizos es una locura, pero ellos dicen que son el doble de geniales.

¿Y qué hay de mí? Pues siempre hago lo que tengo que hacer, jamás lo que quisiera. Pero creo que esa es la naturaleza de ser madre y dueña de un negocio. Por cierto, empiezo a oír trajín, así que lo mejor será que cierre esta caja y la envíe.

Responde si te apetece. Si no, lo entiendo. Solo quiero que sepas que hay alguien en Colorado que te envía sus mejores deseos.

Ella



Ese habría sido el día perfecto para maldecir por segunda vez.

En general, cuando estábamos en pleno despliegue de misión, la situación era bastante repetitiva: misma mierda, distinto día. Había un patrón casi predecible y acogedor en la monotonía.

No voy a mentir, yo era un gran aficionado a la monotonía.

La rutina era predecible. Segura. O tan segura como podía serlo en el campo de batalla. Llevábamos un mes en otra ubicación secreta, en otro país en el que nunca estuvimos, y la rutina era lo único cómodo de aquel lugar.

Ese día había sido de todo menos rutinario.

Misión cumplida, como de costumbre, pero a un precio. Siempre había un precio, y últimamente era cada vez más alto.

Me miré la mano y flexioné los dedos porque podía hacerlo. Ramírez acababa de perder esa capacidad. Tendría que coger a su bebé con una prótesis.

Mi brazo dibujó un arco y lancé el Kong. El juguete de la perra cruzó el cielo en un destello rojo que contrastaba con el azul prístino. El cielo era lo único limpio en aquel lugar. O quizá es que todo me parecía sucio aquel día.

Havoc cruzó el terreno a toda velocidad, con zancadas ciertas, enfocada en su objetivo hasta que...

—Joder, es buena —dijo Mac acercándose por detrás de mí.

—Es la mejor —respondí, mirándolo por encima del hombro; luego volví la vista hacia Havoc, que corría hacia mí.

Tenía que ser la mejor para haber llegado adonde estábamos: un equipo de primer nivel, aunque técnicamente no existiera. Era una perra de Operaciones Especiales que estaba como un millón y medio de kilómetros por encima de cualquier otro perro de trabajo militar.

También era mía, y eso automáticamente la hacía la mejor. Mi chica era una labradora retriever de treinta y dos kilos. Su pelaje negro contrastaba con la arena cuando se detuvo justo a mis pies. Su culo impactó en el suelo y me ofreció el Kong con ojos alegres.

—La última —dije en voz baja, quitándole el juguete del hocico.

Salió disparada incluso antes de que echara el brazo hacia atrás para lanzarlo.

—¿Sabes algo de Ramírez? —pregunté mientras esperaba que Havoc se alejara lo suficiente.

—Ha perdido el brazo, del codo para abajo.

—Ufff. —Lancé el juguete lo más lejos posible.

—Podrías soltarlo. Parece que hoy es apropiado. —Mac se rascó la barba de un mes y se ajustó las gafas de sol.

—¿Y su familia?

—Cassandra se reunirá con él en Landstuhl. Nos mandan refuerzos. Llegan en cuarenta y ocho horas.

—¿Tan pronto?

Así de prescindibles éramos.

—Nos vamos. La reunión es en cinco minutos.

—Entendido.

Tenía pinta de que nos revelarían la siguiente ubicación secreta. Mac me miró el brazo.

—¿Has ido ya a que te lo vean?

—El médico me ha dado unos puntos. No es más que un raspón, nada grave.

Una cicatriz más entre las docenas que ya marcaban mi piel.

—Quizá necesitas a alguien que se preocupe por ti.

Miré a mi mejor amigo con el rabillo del ojo.

—¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros y señalando con la cabeza a Havoc, que ya volvía, igual de emocionada que la primera vez que le lancé el Kong, o la trigésimo sexta.

—Havoc no puede ser la única mujer de tu vida, Gentry —agregó.

—Es leal, es preciosa, puede buscar explosivos o derribar a alguien que quiera matarme. ¿Qué más quiero?

Cogí el Kong y acaricié a Havoc detrás de la oreja.

—Si tengo que decírtelo, ya eres un caso perdido.

Regresamos al pequeño recinto, que consistía en unos cuantos edificios que rodeaban un patio. Todo era marrón. Las cons-

trucciones, los vehículos, la tierra, incluso el cielo parecía haber adquirido ese tono.

Lo que faltaba, una tormenta de polvo.

—No hace falta que te preocupes por mí. No tengo ningún problema cuando estamos acuartelados —dije.

—Uy, eso lo tengo muy claro, imbécil con cara de Chris Pratt. Pero, tío... —Me puso la mano sobre el brazo para detenerme antes de entrar en el patio donde estaban reunidos los demás—. No tienes relación con nadie.

—Tú tampoco.

—No, ahora no estoy en una relación, pero eso no significa que no tenga vínculos, gente que me preocupa y que se preocupa por mí.

Sabía dónde quería llegar, y no era ni el momento ni el lugar, nunca lo era. Antes de que la charla fuera a más, le di una palmada en la espalda.

—Mira, podemos llamar al doctor Phil o podemos largarnos de aquí y pasar a la siguiente misión.

Seguir adelante, eso era lo que me resultaba más fácil. No buscaba vínculos porque no quería hacerlo, no porque fuera incapaz. Los apegos a personas, lugares o cosas eran inconvenientes y me fastidiaban, porque solo existía una certeza: el cambio.

—Hablo en serio —repuso entrecerrando los ojos, con una expresión que había visto muchas veces en nuestros diez años de amistad.

—Sí, bueno, yo también. Estoy bien. Además, tengo un vínculo contigo y con Havoc. El resto son accesorios.

—¡Mac! ¡Gentry! —gritó Williams desde la entrada del edificio norte—. ¡Moveos!

—¡Vamos! —grité en respuesta.

—Oye, antes de que entremos, te he dejado algo en la cama.

Mac se frotó la barba, como hacía siempre que estaba nervioso.

—Bueno, sea lo que sea, después de esta conversación ya no me interesa.

Havoc y yo empezamos a caminar hacia la reunión. Ya sentía en el cuerpo ese anhelo que me impulsaba a moverme, a dejar ese lugar atrás y saber qué nos aguardaba.

—Es una carta.

—¿De quién? Toda la gente que conozco está en esa habitación —dije señalando la puerta mientras cruzábamos el patio vacío.

Eso pasaba cuando te criabas en casas de acogida y luego te alistabas a los dieciocho años. La cantidad de personas que considerabas dignas de conocer era un pequeño grupo que cabía en un Black Hawk, y ese día ya nos faltaba Ramírez.

Como decía, los vínculos eran inconvenientes.

—De mi hermana.

—¿Cómo? —Mi mano se paralizó en el pomo oxidado de la puerta.

—Ya lo has oído. De mi hermana pequeña, Ella.

La mente empezó a darme vueltas como si fuera un tiovivo. La hermana de Mac, Ella, era rubia, con una sonrisa suave y asesina; sus dulces ojos eran más azules que cualquier cielo que jamás hubiera visto. Mac me había enseñado muchas fotos en la última década.

—Gentry, venga. ¿Te hago un dibujito?

—Sé quién es Ella. ¿Por qué cojones hay una carta suya sobre mi cama?

—Pensé que te vendría bien una amiga por correspondencia. —Posó la mirada sobre sus botas sucias.

—¿Amiga por correspondencia? ¿Como si fuera un proyecto de quinto curso con una escuela hermana?

Havoc se acercó a mí, su cuerpo descansaba en mi pierna. Estaba en sintonía con cada uno de mis movimientos, incluso

con los cambios más sutiles de mi estado de ánimo. Eso era lo que nos convertía en un equipo invencible.

—No, no... —Negó con la cabeza—. Solo quería ayudar. Me preguntó si sabía de alguien que necesitara recibir cartas y, como tú no tienes familia...

Le sonreí con sarcasmo, abrí la puerta y lo dejé plantado ahí fuera. A ver si así el polvo le llenaba la bocaza. *Familia*. Odiaba esa palabra. Todos se quejaban de la suya casi siempre. En realidad, siempre. Pero en cuanto se enteraban de que tú no tenías, era como si fueras una aberración que había que arreglar, un problema que había que solucionar o, peor aún, alguien de quien compadecerse.

Estaba tan lejos de la compasión ajena que casi era hasta gracioso.

—Bueno, chicos —dijo el capitán Donahue a nuestro equipo de diez miembros (menos uno), sentados alrededor de la mesa de conferencias—. Lamento deciros que no regresaréis a casa. Tenemos una nueva misión.

Todos los que empezaron a quejarse, porque sin duda extrañaban a su mujer o a sus hijos, solo confirmaban mi postura sobre el tema del apego.

—¿En serio, novato? —me quejé cuando el chico nuevo se puso a gatas para limpiar la basura que cayó del casillero que me servía como mesita de noche.

—Perdón, Gentry —masculló al tiempo que recogía los papeles.

Era el típico chico estadounidense, recién salido del entrenamiento de operadores y que todavía no tenía nada que hacer con nuestro equipo. Necesitaba unos años más y unas manos mucho más firmes, lo cual significaba que estaba relacionado con alguien que tenía contactos.

Havoc ladeó la cabeza en su dirección y luego me miró a mí.

—Es nuevo —le susurré, rascándole detrás de las orejas.

—Toma —dijo el chico pasándome un montón de cosas, con los ojos bien abiertos, como si fuera a despedirlo de la unidad por ser tan torpe.

Dios, esperaba que fuera mejor con su arma que con mi mesita. Puse el montón en los pocos centímetros libres de mi cama, los que no estaban ocupados por Havoc. Solo tardé un par de minutos en ordenarlos. Artículos de periódicos que estaba leyendo sobre varios temas y... Mierda.

La carta de Ella. La había recibido hacía casi dos semanas y no la había abierto. Aunque tampoco la había tirado.

—¿Vas a abrirla? —preguntó Mac, tan inoportuno como cansino.

—¿Por qué nunca dices palabrotas? —preguntó el novato al mismo tiempo.

Fulminé a Mac con la mirada, metí la carta en el fondo del montón y puse encima el artículo de periódico que hablaba de nuevas técnicas en búsqueda y rescate.

—Está bien. Respóndele al nuevo —dijo Mac poniendo los ojos en blanco; se echó en su catre con las manos en la nuca.

—Me llamo Johnson...

—No, te llamas novato. Aún no te has ganado un nombre —lo corrigió Mac.

El chico puso cara de susto, así que traté de ser un poco más amable.

—Alguien me dijo una vez que las palabrotas son una pobre excusa de los que tienen un pésimo vocabulario. Hacen que parezcas de clase baja e ignorante. Así que ya no digo tacos.

Dios sabía que ya tenía mucho en mi contra. No quería que mis palabras reflejaran la mierda que había vivido.

—¿Nunca? —preguntó el novato inclinándose hacia delante como si estuviéramos en una fiesta de pijamas.

—Solo en mi mente —respondí, pasando a otro artículo de periódico.

—¿En serio es una perra de trabajo? Se la ve tan... afable —dijo el novato extendiendo la mano hacia Havoc.

La perra levantó la cabeza de inmediato y le enseñó los dientes.

—Sí, lo es, y sí, te mataría si se lo ordenara. Así que haznos un favor y no vuelvas a tocarla. No es una mascota.

Dejé que Havoc gruñera un segundo para dejarlo claro.

—Tranquila —le dije pasándole la mano por el cuello.

De inmediato se relajó y la tensión desapareció de su cuerpo, se desplomó sobre mi pierna y parpadeó como si nada hubiera pasado.

—Joder —murmuró el nuevo.

—No te lo tomes como algo personal —dijo Mac—. Havoc es mujer de un solo hombre, y tú no eres ese hombre ni de lejos.

—Leal y letal —dije con una sonrisa al tiempo que la acariciaba.

—Algún día —dijo Mac señalando la carta que se había deslizado sobre la cama, junto a mi muslo.

—Hoy no es el día.

—El día que la abras te arrepentirás de no haberlo hecho antes.

Se inclinó sobre su catre y, cuando se incorporó, sostenía un paquete de galletas de mantequilla de cacahuete; se comió una haciendo sonidos casi pornográficos.

—¿En serio?

—En serio —gimió—. Qué ricas...

Reí y volví a esconder la carta debajo del montón.

—Duerme un poco, novato. Mañana entramos en acción.

El chico asintió.

—Esto es lo que siempre he querido.

Mac y yo compartimos una mirada cómplice.

—Repítelo mañana por la noche. Ahora, cierra los ojos y deja de tirar mis cosas o pasarás a llamarte dedos de mantequilla.

Abrió los ojos como platos y se desplomó en su catre.

Tres noches después, el novato estaba muerto.

«Johnson.» Se había ganado su nombre y perdió la vida salvándole el pellejo a Doc.

Me quedé acostado, despierto mientras todos dormían, y mis ojos se desviaban hacia el catre vacío. Ese no era su sitio, todos lo sabíamos y expresamos nuestra preocupación. Aún no estaba listo. No estaba preparado para la misión, para el ritmo de nuestra unidad, para morir.

Aunque a la muerte no le importara.

La manecilla del reloj avanzó y yo cumplí veintiocho años.

«Feliz cumpleaños a mí.»

La muerte siempre me parecía distinta cuando estábamos en despliegue. En general, distinguía dos categorías: o la ignoraba y seguía adelante, o mi mortalidad me parecía algo repentino y tangible. Quizá porque era mi cumpleaños o porque el novato era poco más que un bebé, pero esa pertenecía al segundo tipo.

«Hola, mortalidad, soy yo, Beckett Gentry.»

Sabía que ahora que la misión había terminado regresaríamos a casa en un par de días o iríamos al siguiente infierno; pero, en ese momento, una necesidad primitiva de establecer un vínculo se apoderó de mí, hasta el punto de que lo sentía como una presión física en el pecho.

«Ningún apego», me dije. Esa mierda solo traía problemas.

Quería relacionarme con otro ser humano de una manera distinta a la conexión que tenía con los tíos con los que servía o

incluso a mi amistad con Mac, que para mí era lo más cercano a una familia.

Por puro impulso saqué mi linterna y la carta de debajo de una revista sobre alpinismo.

Sujeté la linterna contra el hombro, rompí el sobre y abrí la carta de papel de cuaderno rayado llena de una caligrafía clara y femenina.

La leí una, dos..., decenas de veces, colocando las palabras con las imágenes de su rostro que había visto todos esos años. La imaginé escaqueándose unos minutos al amanecer para escribir la carta, me pregunté cómo había sido su día. ¿Qué tipo de hombre abandonaba a su esposa embarazada? Un imbécil.

¿Qué tipo de mujer se hacía cargo de unos mellizos y de un negocio cuando seguía siendo una niña? Una muy fuerte.

Una mujer fuerte y capaz a la que tenía que conocer. Me inundó un deseo incómodo e innegable.

Con el mayor silencio posible, saqué un cuaderno y una pluma.

Media hora después, cerré el sobre y con él golpeé a Mac en el hombro.

—¿Qué cojones...? —exclamó girándose.

—Quiero mis galletas —dije pronunciando cada palabra con la seriedad que acostumbraba reservar para las órdenes que le daba a Havoc.

Él rio.

—Ryan, hablo en serio.

Dirigirme a él por su nombre de pila eran palabras mayores.

—Venga, que si te descuidas te quedas sin ninguna —respondió con una sonrisa sarcástica.

Volvió a acostarse en el catre; segundos después, respiraba profundamente.

—Gracias —dije en voz baja, sabiendo que ya no me oía—. Gracias por ella.